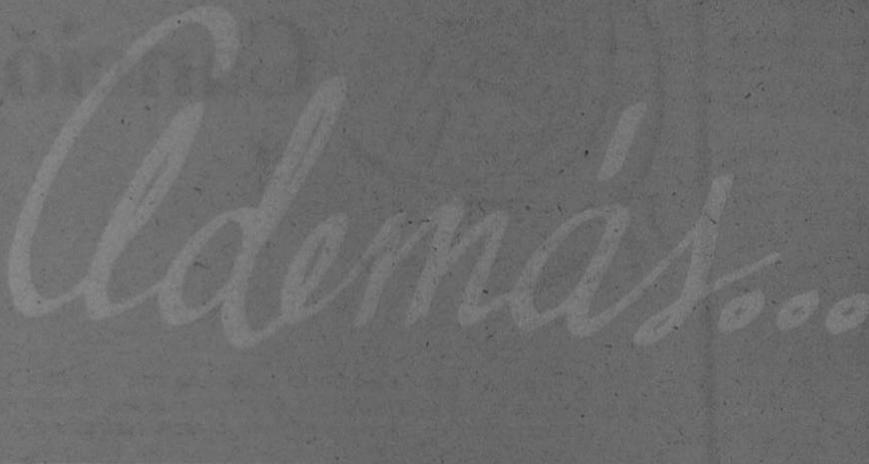


- * LA VIUDA DE EFESO. (Cuento), por Petronio.
- * CANCION. (Poema), por Rabindranath Tagore.
- * ENRIQUE ECHANDI, PRIMER PINTOR COSTARRICENSE FORMADO EN EUROPA, por Francisco Amigheffi.
- * HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA, por Rafael Obregón Loria.
- * CARTAS FEMENINAS, por Luz del Alba.
- * EL INDIO, NUEVA REALIDAD LITERARIA HISPANO-AMERICANA, por F. Ferrándiz Alborz.
- * ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- * LA BIBLIOTECA DE SIR THOMAS BODLEY, por Marc-André Béra.
- * EL TICO Y SU TIERRA, por William Vogt.
- * EL MAL DE HANSEN NO ES INCURABLE, por Maurice Goldsmith.
- * Los libros y los días: UNA ANTOLOGIA DE RUDYARD KIPLING, por Ramón Sender.

San José, Costa Rica, 15 de Noviembre de 1953.
Nº 73



La Viuda de Efeso



ABIA en Efeso cierta joven matrona que era tan notablemente casta, que desde lejos venían las mujeres a contemplarla. Cuando su esposo murió,

no se conformó con la costumbre usual de ir tras el cuerpo con el cabello suelto y golpeándose el pecho en presencia del pueblo, sino que acompañó a su difunto marido hasta el fondo del sepulcro —que era subterráneo, a la manera griega— y allí se quedó con él, para cuidarlo y llorar por él de día y de noche. Sus padres y parientes trataron en vano de evitar que se torturase en semejante forma, y que se quedara en el sepulcro para morir de hambre. Los funcionarios mismos, se alejaron después de fracasar en parecido intento.

La viuda pasó cinco días sin comer, y todos la compadecían señalándola como un brillante ejemplo para todas las mujeres. Una fiel doncella permanecía junto a la desesperada mujer, derramando un número apropiado de lágrimas, y se ocupaba de mantener viva la lámpara.

La noticia se corrió por la ciudad, y todos estuvieron de acuerdo en que aquél era un ejemplo único de amor conyugal y de fidelidad.

Mientras tanto, el gobernador provincial hizo crucificar a unos ladrones cerca del sepulcro donde la viuda lloraba, sobre el cuerpo de su difunto esposo, y se ordenó a un soldado que montara guardia cerca de las cruces, no fuera que los cadáveres fueran robados para enterrarlos. A la noche siguiente, percibió una luz que brillaba entre los árboles, y oyó los lamentos de la mujer. Como todo ser humano, era curioso, y quiso saber quién se quejaba y por qué. En consecuencia, penetró en el sepulcro, y al ver una bella mujer, se detuvo tan conmovido como si hubiera visto un augurio, o un fantasma del otro mundo. En el momento en que posó sus ojos sobre el cuerpo, y notó las lágrimas de la viuda, y su cara con las heridas que se causara con las uñas, comprendió: estaba desesperada en su amor por el difunto.

Trajo al sepulcro su frugal cena, y rogó a la viuda que no se entregara así a una tristeza que resultaba inútil, y que no se destrozara el corazón llorando. Todos los hombres, le dijo, tenían igual destino e igual fin. Pero

Petronio murió en el año 66 de la Era Cristiana. Escritor, estadista y amigo de Nerón, su obra maestra, El Satiricón, es una de las cumbres de la literatura romana; en ella está incluida esta breve historia de "La Viuda de Efeso". El cuento parece estar escrito a la manera de los llamados "Cuentos Milesios", que se han perdido, colección renombrada por su cínico punto de vista sobre la humanidad, particularmente su sección femenina. Esta historia aparece (en una forma u otra) al través de toda la literatura, especialmente de la que está escrita por hombres.

por PETRONIO

ella se disgustó por frases tan resobadas, y comenzó a golpear el pecho más violentamente que antes, a mesarse los cabellos y a lanzar los que se arrancaba sobre el cadáver que estaba ante ella.

Sin embargo, el joven soldado no se alejó. Trató de dar alimentos a la mujer. Aunque ella se resistía, su doncella fué conquistada por el olor del vino, y extendió su mano para tomar los alimentos que se le ofrecían. Cuando se sintió fortalecida por el pan y el vino, trató de convencer a su ama.

—¿De qué va a serviros —le preguntó— morir de hambre y enterraros viva, muriendo antes de que el Destino haya reclamado vuestra alma? ¿Imagináis que vuestro luto va a ser aceptable para el cuerpo o para el alma de un hombre que está muerto y enterrado? ¿Por qué no comenzáis una nueva vida? ¿Por qué no olvidáis esta errónea fidelidad —propia sólo de mujeres— y disfrutáis de la luz del día mientras os lo permitan los dioses? Este frío

cadáver debería ser para vos una indicación de que debéis disfrutar de la vida.

Generalmente, uno obedece cuando se le pide comer o vivir, y la viuda estaba hambrienta y sedienta después de cinco días de ayuno; de modo que consintió en quebrantar su resolución anterior, y comió con tantos deseos como lo hiciera la doncella.

Los que están bien alimentados, son fácil presa de la tentación, y el soldado se propuso conquistar la virtud de la viuda con los mismos medios agradables y persuasivos que había usado antes.

La casta viuda se dió cuenta de que se trataba de un joven atractivo e inteligente. La doncella simpatizó con el intento y repitió estas palabras:

—¿Pretendéis luchar contra una pasión que os es agradable? ¿No recordáis en que país estamos?

Y para acortar nuestra historia, el soldado, habiendo ya vencido algunos de los escrúpulos de la viuda, pudo vencer los que restaban.

Pasaron juntos no sólo aquella primera noche, sino la segunda y la tercera. Las puertas del sepulcro fueron cerradas, de modo que si algún amigo o extraño venía, pudiera creer que la virtuosísima mujer había muerto ante el cadáver de su esposo. El soldado estaba deleitadísimo con los encantos de la viuda, y con su amor ininterrumpido; compraba viandas, las más delicadas que su soldada le permitía, y las traía al sepulcro al anochecer.

Los padres de uno de los ladrones que habían sido crucificados, al notar que el soldado no cuidaba estrictamente las cruces, bajaron el cadáver de su hijo y lo enterraron. A la mañana siguiente, al ver que el cadáver había desaparecido, el soldado vió que sería duramente castigado por su descuido, y le comunicó sus temores a la mujer. Prefería —declaró— matarse con su propia espada que ser condenado por un Consejo de Guerra, y le pidió que le hiciera sitio a la par del difunto, para yacer él también definitivamente en aquel lugar.

—No quieran los dioses —dijo ella— que deba yo posar mis ojos simultáneamente sobre los cadáveres de los dos hombres que más amo. Es mejor colgar un cadáver que matar a un hombre que respira.

Y allí mismo dijo al soldado que sacara del sepulcro el cuerpo del marido, y lo colocara en la cruz que había quedado vacante.

El soldado al punto acató la inteligente sugerencia de la viuda, y al día siguiente la gente se preguntaba cómo había logrado el muerto crucificarse a sí mismo.



ENRIQUE ECHANDI, PRIMER PINTOR COSTARRICENSE FORMADO EN EUROPA

por Francisco Amighetti



UANDO fui a buscar a don Enrique Echandi se abrió la puerta de su estudio y entró él en la sala con sus pinceles y su paleta. Senti que sin proponérselo, don Enrique me daba una lección, lo encontraba a los 87 años de edad infatigable frente a su caballete.

Una vez realizado el objeto de mi visita, la conversación del pintor comenzó a remontarse a épocas lejanas cuando su vocación lo empujó a Europa. Mientras escuchaba a don Enrique recorrer con mis ojos la sala, allí estaba la guitarra que lo había acompañado siempre y su autorretrato pintado en Alemania durante su juventud, y sus palabras encendidas por los sentimientos que ahora revivía, encontraban la expresión justa reforzada por la animación de su rostro y el gesto de sus manos. Cuando se ha tenido una vida difícil, cuando se le han regateado las cosas más pequeñas y aún lo que parecía natural y lógico ha resultado inalcanzable, es cuando se comprende el temple de don Enrique Echandi, abrazado a la música y a la pintura como a una religión y a una fe para cruzar la existencia sin amargarse.

El artista me pintó con palabras su viaje a Alemania, cuando partió de San José a caballo por la carretera de Carrillo dejando su familia y su novia porque quería cultivar el arte y porque quería regresar luego con los conocimientos necesarios, para levantar aquí una Escuela de Bellas Artes que pudiera ponerse al servicio de sus compatriotas. Así entendía don Enrique Echandi el patriotismo desde 1887, cuando a caballo y con los ojos húmedos se despedía de aquel paisaje rural que aún no se había reflejado en la pintura.

Yo también he sabido lo que es la nostalgia cuando se abandona un país verde y azul como Costa Rica, de gentes que no están enteradas del último movimiento pictórico o literario, pero cuya cordialidad fluye generosa a cada instante. Sé lo que significa llegar a lugares en donde nos encontramos con un idioma que no hemos alcanzado a manejar, y donde la novedad y lo grandioso de las populosas ciudades con sus parques, estatuas bibliotecas y museos, son incapaces de suplir los afectos perdurables a los que nos hemos arrancado.

Don Enrique estudió en Leipzig, pasando después a Múnich, cuya Academia a fines del siglo pasado era una de las más reputadas en Europa y donde se formaron muchos de los artistas de mayor renombre. Durante sus años en Alemania don Enrique llevó una vida de trabajo constante dentro de sus actividades artísticas, cultivando al mismo tiempo que la pintura la música, años de prueba que han conocido todos los que han estudiado fuera.

En Alemania, me contaba el Sr. Echandi, llegaron en una ocasión a visitarlo unos costarricenses y lo hallaron trabajando frente a su tela, como acababa de encontrarlo yo. A sus amigos les pareció absurdo que se dedicara al arte, sobre todo pensando en volver a Costa Rica. Uno de ellos, el mayor, tomó la palabra asistido probablemente por la sabiduría de su experiencia, para in-

dicarle que en nuestro país lo que había que hacer era sembrar frijoles y dedicarse al comercio, y que el arte no tenía cabida en un país nuevo.

Don Enrique no ignoraba esto, pero disponía de la fortaleza necesaria para llevar a cabo su propósito y, de un espíritu de sacrificio suficiente para entrar a la vida con armas tan frágiles como son los pinceles. El pintor no le iba a pedir a la vida honores, con decoraciones ni dinero acumulado, creía poder ser útil a su manera y era honrado porque no iba a traicionar su vocación fuera esta o no cotizada. La teoría de que en estos países americanos hay primero que dedicarse a las cosas elementales antes que al arte, no reza con el espíritu de muchos hombres cuyo destino es más fuerte que las conveniencias.

Si esperamos que la tierra produzca para todos antes de poder cantar, o que la paz se extienda por el globo terrestre para hacer arte, este se hubiera estancado definitivamente desde hace mucho tiempo. Tampoco el hombre puede esperar a resolver su problema económico para dedicarse a la creación artística, a menos que esta se tome como un lujo del espíritu o como un "hobby" pero no cuando se trata de una necesidad vital.

A don Enrique Echandi le tocó regresar a Costa Rica en 1891. Si hoy nos quejamos del ambiente poco favorable que tiene en nuestro país el escritor o el artista, habría que hacer un esfuerzo para concebir con la imaginación lo que sería llegar a Costa Rica a fines del siglo XIX con el oficio de la pintura.

Poco después de 1892, don Enrique Echandi ofrece sus servicios para iniciar en Costa Rica una escuela de arte, pide muy poco, un modesto auxilio, él pondrá todo lo demás, sus conocimientos, su entusiasmo y su desinterés. Todavía don Enrique Echandi guarda la contestación, una de esas cartas que todos conocemos con esa redacción cortés y mecánica como: en que a pesar de los buenos deseos etc., la situación del país etc., está en condiciones tales etc., que no se puede distraer ni un centavo etc.

La Escuela de Bellas Artes, se fundó al fin en 1897 siendo su director durante 49 años don Tomás Povedano, quien dejó multitud de discípulos, que veneran su nombre y continúan dentro de sus enseñanzas. Don Enrique Echandi nunca tuvo la oportunidad que buscaba, unas lecciones en el Liceo de Heredia con un sueldo de ₡ 40.00 mensuales fue lo único y por breve tiempo. Don Enrique sin embargo agrupó a su alrededor a los músicos, organizó conciertos y siguió pintando.

El Sr. Echandi es el primer pintor costarricense de que tengo noticia y cuya formación es europea, por esto decidí escribir estas líneas, porque es justo que se conozca la honradez y el valor de este costarricense, que se lanzó a la química carrera de las artes para abrir el camino a las generaciones que vendrían luego.

Cuando salí de su casa, tuve la sensación que mi propia experiencia acumulada, me había humanizado lo suficiente para comprender el alcance moral de su ejemplo, y decidí revelar algunos de sus secretos, porque estas cosas vividas que él ha ocultado tanto tiempo, lo enaltecen y lo retratan en toda su nobleza.



Canción

A pesar de que la noche se aproxima con sus tardíos pasos,
y que ya han dado la señal de que cesen todas las canciones;
A pesar de que los otros pájaros se han retirado a descansar
y de que tú estás fatigado,

A pesar de que el temor germina en la oscuridad y que el
rostro de la noche se cubre de espeso velo;

A pesar de ello, ave, avecilla mía, escúchame: no cierres
tus alas.

No es la pesadumbre de las hojas de la selva; es el mar,
el mar que se hincha como una serpiente negra.

No es la danza del florido jazmín; es la espuma, la espuma
reluciente.

¡Ah! ¿Dónde estará esa playa verde y soleada? ¿Dónde
tu nido?

Ave, avecilla mía, escúchame: no cierres tus alas.

La solitaria noche yace a lo largo de tu sendero y duerme
el amanecer tras las sombreadas colinas.

Retienen su aliento las estrellas al contar las lánguidas
horas, y la débil luna vaga en la noche profunda.

Ave, avecilla mía, escúchame: no cierres tus alas.

No hay esperanza para ti; ni esperanza sin temor.

No hay una palabra, un suspiro, un sollozo...

Ni un hogar, ni un lecho donde descansar tu fatigado cuerpo.

Sólo hay un par de alas, las tuyas, en ese inmenso cielo
sin sendero ni huella.

Ave, avecilla mía, escúchame: no cierres tus alas.

RABINDRANATH TAGORE

Traducción de Carlos Muzio Sáenz-Peña.

LA CIENCIA EXPLICA

PREGUNTA: ¿Por qué no existen cuerpos permanentemente electrizados de igual modo que los imanes tienen constantemente su fuerza de atracción?

RESPUESTA: La electricidad y el magnetismo son dos fenómenos íntimamente vinculados, pero sin embargo diferentes, de suerte que no hay razón para que cada propiedad magnética posea una correspondiente propiedad eléctrica.

Existen objetos muy comparables a los imanes, pues poseen una electrización si no permanente por lo menos capaz de durar largo tiempo. Esos objetos se llaman electrantes (1); no se los encuentra en la naturaleza, pero se sabe la manera de fabricarlos. El primer electrán conocido en 1925 fue preparado por un físico japonés, el profesor Eguchi, quien lo obtuvo mezclando cera de carnauba, resina y cera de abeja, dejando enfriar la mezcla lentamente hasta su solidificación en un campo eléctrico. Un electrán fabricado cuidadosamente puede conservar su carga eléctrica durante más de tres años, a condición de no exponerse a la humedad, a los rayos X, o someterse a una temperatura que lo hiciera derretir.

Los electrantes fabricados de esta manera se hallan formados por una gran cantidad de pequeños electrantes, de la misma manera que un imán está constituido por la unión de una cantidad de pequeños imanes; en efecto, si se corta un electrán en dos se tendrán dos electrantes.

En 1949, B. H. Laughter ha logrado obtener electrantes de veinte centímetros, con una potencia suficiente para alumbrar una lámpara de 2 vatios.

(1) El electrán es un cuerpo producido artificialmente — hasta ahora no se ha encontrado en estado natural — que contiene y conserva durante un largo periodo de tiempo, dos cargas eléctricas opuestas. Posee cualidades electro-magnéticas de atracción, pero su utilización práctica es todavía muy limitada, encontrándose en periodo de estudio.

Hemos adoptado en castellano la palabra "electrán" como traducción de la original inglesa "electret", teniendo en cuenta que su creador, el hombre de ciencia inglés Heaviside propuso por simetría con la voz "magnet" (imán), para establecer claramente que si bien la propiedad de atracción existe en ambos cuerpos — "magnet" y "electret" — el fluido que la produce es en un caso fluido "magnetic" (de "magnet", imán), y en el otro fluido "electric" (de "electricity", electricidad). Así, el otro fluido "electric" (de "electricity", electricidad), ingleses, concuerdan que los vocablos "magnet" y "electret", en castellano, sirven en castellano, bajo la forma "imán" y "electrán", la misma arquitectura y contenido con que quisieron dotarlos y denominarlos el Doctor Heaviside al construir el de reciente crea-

HISTORIA DEL PODER EJECUTIVO EN COSTA RICA ¹⁴ (7)

por Rafael Obregón Loria

Administración de don José María Alfaro Zamora



A dijimos anteriormente que a la muerte del general Morazán asumió el mando supremo el Gral. Antonio Pinto quien, unos días más tarde, el 23 de setiembre de 1842, reunió a los más destacados vecinos de la capital, y en dicha sesión fué suscrita una acta por la que se desconocía al gobierno que había establecido Morazán, lo mismo que a la asamblea legislativa que había fungido durante ese periodo.

En esa reunión se acordó también entregar el mando supremo al ciudadano alajuelense don José María Alfaro Zamora, en calidad de Jefe Provisorio, y quien debía ejercer el cargo hasta que fuese emitida una nueva Constitución y celebradas de acuerdo con ésta las elecciones para Jefe de Estado.

El día 27 de setiembre, Alfaro tomó posesión de su cargo ante la Corte Suprema de Justicia, único Poder que no había sido desconocido.

La Asamblea Constituyente nombró el 8 de junio de 1843 Vice Jefe al ciudadano Francisco María Oreamuno Bonilla, quien tomó posesión de su cargo el 13 de junio siguiente.

En dos ocasiones: del 1º de julio al 2 de agosto de 1843, y del 24 de marzo al 28 de junio de 1844, Alfaro se separó del mando, siendo sustituido por el Vice Jefe Oreamuno.

Los Ministros de esta Administración

El 19 de octubre de 1842 fué nombrado Ministro General don Francisco María Oreamuno, quien sirvió el cargo por un mes.

El 19 de noviembre siguiente se hizo cargo del Ministerio General el doctor José María Castro Madriz.

Del 11 de noviembre al 7 de diciembre de 1842 al doctor Castro estuvo ausente del Despacho, desempeñando una comisión diplomática en Nicaragua, y fué sustituido durante este tiempo por el señor Oreamuno.

Asimismo, del 20 de noviembre de 1843 a primeros días de enero de 1844, se hizo cargo del Ministerio General don Joaquín Bernardo Calvo, por tener el doctor Castro Madriz que realizar una visita al Guanacaste en representación del Supremo Gobierno.

La Constitución Política emitida en abril de 1844 suprimió el Ministerio General y estableció 2 Ministerios: el de Gobernación y Relaciones Exteriores y el de Hacienda y Guerra.

Alfaro nombró entonces como Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación al doctor Castro, y como Ministro de Hacienda y Guerra, a don Joaquín Bernardo Calvo Rosales.

Interinamente, el señor Calvo se encargó también del Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación, del 1º de julio al 31 de octubre de 1844.

Hechos principales durante esta administración

Se establece un periódico semanal con el título de "Mentor Costarricense".

Se convoca a elecciones para una Asamblea Constituyente.

Se suprimen las Jefaturas Políticas Departamentales y se establece un Mando Político Superior cuya residencia será el lugar del Gobierno; un año más tarde, se suprimió este Mando Político Superior y se establecieron Jefes Políticos en todos los Departamentos.

Se establece un Juez de Policía en cada uno de los Departamentos del Estado. Se erige la Universidad de Santo Tomás de Costa Rica, 3 de mayo de 1843. Esta Universidad fué clausurada en 1888.

Se franquean gratis las imprentas del Estado a todos los que quieran publicar sus pensamientos sobre materias de Constitución Política.

Se crea un Juez de 1ª Instancia en el Departamento de Guanacaste.

Se crea una Sociedad Económica Itineraria que velará por el arreglo y construcción de caminos.

Se dispone la erección de una población con el nombre de San Ramón, en el sitio llamado "Los Palmares".

Constitución de 1844

La Constitución aprobada el 9 de abril de 1844 dispuso que la duración del Jefe Supremo sería de cuatro años. No habría Vice Jefe del Estado. En caso de falta del Jefe Supremo, éste sería suplido por el Presidente del Senado.

Don JOSE MARIA ALFARO ZAMORA



PADRES: Antonio Alfaro Arias y María Damiana Zamora Flores. NACIO en Alajuela el 20 de marzo de 1799.

CASO en Alajuela el 19 de mayo de 1825 con María Josefa San doval Jiménez.

Diputado suplente en 1825. Alcalde 2º de Alajuela en 1828. Diputado propietario en 1829. En 1834 fué elegido diputado por Heredia y junto con seis diputados más presentó al Congreso el proyecto de la ley llamada de "la ambulancia", ley absurda que fué una de las causas de la guerra civil de 1835. En 1841 fué nombrado Jefe Político del departamento Occidental.

A la caída del general Morazán fué designado para Jefe Provisorio, siendo su principal ministro el doctor José María Castro, quien constituyó el alma de su gobierno.

En 1846, al ser derrocado Gallegos, Alfaro fué llamado nuevamente a ejercer el Poder.

Durante la administración del

doctor Castro, fué nombrado Vice Presidente del Estado, pero complicado en un movimiento contra el gobierno, tuvo que renunciar ese cargo, siendo luego desterrado; regresó en abril de 1849.

En 1852 fué electo Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, cargo que ejerció hasta su muerte.

MURIO en Alajuela el 12 de junio de 1856, víctima de la epidemia del cólera.

Don FRANCISCO MARIA OREA MUNO BONILLA

Fué nombrado Vice Jefe por la Asamblea Constituyente el 8 de junio de 1843, y tomó posesión de su cargo el 13 del mismo mes. Suplió al Jefe Alfaro; del 19 de julio al 2 de agosto de 1843, y del 26 de marzo al 28 de junio de 1844.

Desempeñó el cargo de Ministro General durante el mes de octubre de 1842.

Doctor JOSE MARIA CASTRO MADRIZ



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

Ministro General del gobierno de Alfaro de 19 de noviembre de 1842 a abril de 1844. A partir de esta fecha, y conforme a la nueva Constitución, fué Ministro de Gobernación y Relaciones Exteriores.

Fué el doctor Castro, indudablemente, la figura principal de esta administración a pesar de su juventud (24 años de edad).

Don JOAQUIN BERNARDO CALVO ROSALES



(Sus datos personales fueron consignados anteriormente)

Suplió interinamente, del 20 de noviembre de 1843 a enero de 1844, al Ministro doctor Castro.

En abril de 1844 fué nombrado Ministro de Hacienda y Guerra.

De julio a octubre de 1844 desempeñó interinamente (como recargo) el Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación.

Administraciones de Oreamuno, Moya y Gallegos

Habiendo sido electo el 15 de noviembre de 1844 para Jefe de Estado el ciudadano don Francisco María Oreamuno Bonilla, se le señaló el 21 de noviembre para que asumiera el mando.

Alegando que estaba enfermo, el señor Oreamuno se negó a aceptar el cargo, y envió su renuncia; el día 26, la Asamblea no aceptó su renuncia, y dispuso que Oreamuno se juramentara el día 29 de noviembre, a lo cual éste obedeció.

Diecinueve días más tarde, el 17 de diciembre, y poniendo de pretexto el mismo motivo de salud, con licencia del Senado Oreamuno entregó el mando al Pre

NUEVO 3
sensacional
DESODORANTE



EXORIS

EVITA EL MAL OLOR DEL SUDOR.



USELO USTED!

sidente de este cuerpo, don Rafael Moya Murillo; se le concedió permiso hasta el 16 de enero siguiente, o sea, un mes, pero vencido el plazo, Oreamuno se negó a asumir el mando, razón por la cual el 26 de abril se dispuso abrirle un proceso.

Don Rafael Moya Murillo, en calidad de Presidente del Senado, suplió al Jefe Oreamuno hasta el 30 de abril de 1845; como ese día se vencieron sus credenciales, fué sustituido por el Senador don José Rafael de Gallegos.

Gallegos fungió hasta el 7 de junio de 1846 en que fué derrocado por un movimiento militar.

Los Ministros de estos gobiernos fueron: don Manuel José Carazo Bonilla, Ministro de Hacienda, Guerra y Marina; don Joaquín Bernardo Calvo Rosales, Ministro de Gobernación y Policía.

Hechos importantes durante este periodo

Se declara haber lugar a formación de causa contra el Jefe del Estado don Francisco María Oreamuno por abandono del Poder.

Se establece un Hospital general con el nombre de San Juan de Dios (a propuesta del diputado doctor José María Castro, 23 de julio de 1845).

Se autoriza al Ejecutivo para establecer en el Estado una lotería pública mensual de mil pesos, fijando sobre este capital un impuesto del 5% en favor del Hospital San Juan de Dios.

Se contrata un profesor de música marcial para la enseñanza de la Banda Militar.

Don FRANCISCO MARIA OREAMUNO BONILLA



PADRES: Isidro Oreamuno Alvarado y Justa Bonilla y Aya Bolívar.

NACIO en Cartago el 4 de octubre de 1801.

CASO en Cartago el 7 de junio de 1827 con Agustina Gutiérrez Peñamonge.

Discipulo y amigo del bachiller Rafael Francisco Osejo se distinguió en su juventud por sus ideas sinceramente republicanas.

Desempeñó cargos con gran espíritu patriótico tales como Administrador de la Aduana de Puntarenas, Juez y Gobernador de Cartago.

Ministro en los gobiernos del licenciado Manuel Aguilar, licenciado Braulio Carrillo, de don José María Alfaro y del doctor José María Castro Madriz (primera administración).

Vice Jefe en la primera administración de Alfaro y Vice Presidente de la República en la época de don Juan Rafael Mora. Fué, además, Presidente del Congreso.

Durante la Campaña Nacional contra los filibusteros ejerció por

más de dos meses el Poder, mientras el Presidente Mora acompañaba al ejército.

Fué el abuelo materno del licenciado don Ricardo Jiménez Oreamuno, quien fué Presidente de la República en tres ocasiones.

MURIO en San José el 23 de mayo de 1856, víctima de la epidemia del cólera.

Don RAFAEL MOYA MURILLO



En calidad de Presidente del Senado ejerció el Poder supliendo al Jefe Oreamuno, del 17 de diciembre de 1844 al 30 de abril de 1845, apartándose del mando en esta fecha por expirar su credencial de Senador.

PADRES: José Moya y Micaela Murillo.

NACIO en San Antonio de Belén el 24 de octubre de 1799.

CASO en primeras nupcias con Micaela Casimira Solares Sandoval, y en segundas nupcias con María Josefa Salinas Solares.

Comerciante, agricultor y empresario. Magistrado Suplente en 1829. Tomó parte en la conspiración contra Carrillo en 1835, por lo que fué puesto fuera de la ley, indultándosele en julio de 1836. Diputado a la Asamblea Constituyente en 1842.

En octubre de 1844 fué electo Senador y el 8 de noviembre siguiente Presidente del Senado; en calidad de tal ejerció el Poder Supremo durante más de cuatro meses sustituyendo al Jefe Oreamuno.

Fué Gobernador de la Provincia de Heredia.

MURIO el 13 de noviembre de 1864 en Heredia.

Don JOSE RAFAEL GALLEGOS ALVARADO



(Sus datos personales fueron consignados anteriormente)

En calidad de Senador ejerció el Poder del 19 de mayo de 1845, supliendo al Jefe Oreamuno, hasta el 7 de junio de 1846, en que

fué derrocado por un golpe militar.

Don MANUEL JOSE CARAZO BONILLA



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

Ministro de Hacienda y Guerra en los gobiernos de don Francisco María Oreamuno, don Rafael Moya y don José Rafael Gallegos.

Don JOAQUIN BERNARDO CALVO ROSALES

Ministro de Gobernación y Relaciones Exteriores en el gobierno de don Francisco María Oreamuno, de don Rafael Moya y de don José Rafael Gallegos.

Segunda Administración de don José María Alfaro

Un movimiento militar derrocó el 7 de junio de 1846 al ciudadano don José Rafael de Gallegos, y las actas revolucionarias proclamaron Jefe Supremo Provisorio al ciudadano don José María Alfaro, quien ejerció el cargo hasta el 8 de mayo de 1847.

Como Vice Jefe del Estado fué nombrado el 20 de agosto de 1846 el doctor don José María Castro Madriz.

Alfaro se separó temporalmente del Poder: del 19 al 15 de diciembre de 1846, y del 6 de marzo al 30 de abril de 1847; lo suplió en ambas ocasiones el Vice Jefe doctor Castro.

Ministros de la 2ª administración de Alfaro

El doctor José María Castro Madriz fué Ministro de Gobernación y Relaciones Exteriores desde junio de 1846 hasta el 19 de mayo de 1847, sustituyéndolo en esa fecha, don Joaquín Bernardo Calvo. El Ministro de Hacienda y Guerra fué don José María García Conejo.

El 19 de diciembre de 1846, al encargarse el doctor Castro de la Jefatura Suprema interinamente, nombró como su Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación a don Juan Rafael Mora, quien ese mismo día se hizo cargo de la Cartera. Entonces eran íntimos amigos; más tarde fueron enemigos irreconciliables en política.

Hechos importantes durante la 2ª administración de Alfaro

Se publica un nuevo periódico oficial semanario, con el título "El Costarricense".

Se emitió una nueva Constitución (10 de febrero de 1847).

Se declaró a Puntarenas puerto

Don JOSE MARIA ALFARO ZAMORA

En calidad de Jefe Provisorio gobernó del 7 de junio de 1846 al 8 de mayo de 1847.

Doctor JOSE MARIA CASTRO MADRIZ

En calidad de Vice Jefe se hizo cargo del Poder del 19 al 15 de diciembre de 1846, y del 6 de marzo al 30 de abril de 1847, supliendo al Jefe Alfaro. Fué, además, Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación de este gobierno.

Don JOSE MARIA GARCIA CONEJO

(No hemos podido conseguir su retrato)

PADRES: José Antonio García y Bárbara López-Conejo Carazo. **NACIO** en Cartago.

Alcalde de Cartago en 1829. Elector en 1835. Ministro Tesorero en 1840. Diputado al Congreso Constitucional en 1849. En 1842 fué Fiscal de la Corte Suprema de Justicia. En 1854, otra vez diputado.

Hermano del Presbítero Joaquín García, quien también fué Ministro en años anteriores. **MURIO** en Cartago.

Don JOAQUIN BERNARDO CALVO ROSALES

Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación del 19 al 8 de mayo de 1847.

Don JUAN RAFAEL MORA PORRAS



(Sus datos personales serán consignados más adelante)

Del 19 al 15 de diciembre de 1846 lo nombró el doctor Castro, quien ejercía interinamente el Poder, su Ministro de Relaciones Exteriores y Gobernación.

PLEGARIA HINDU

"Que el Señor de los tres mundos escuche nuestra oración y responda a ella. El Señor Hari, que los civaitas llaman Civa, que los adeptos del vedismo llaman Brahma, los budistas Buda, los logísticos el Creador, los djain Arhat, los mimansakas Karma, los cristianos D'ios, los mahometanos Alá, los hebreos Jehová y los parsis Ormuz".



por IGNACIO IGLESIAS



N España se escriben muchas novelas y se publican bastantes dado su escasísimo mercado nacional. Desgraciadamente bien poca cosa merece ser retenido. No acaban de surgir los valores que substituyan como es debido a los del 98, muertos o autojubilados. En general se rta falta de imaginación, por lo e la temática es pobre. Sin exagerar puede afirmarse que las características de la novelística es ñola actual son estas: indiferencia y enajenamiento, tremenda frialdad esencial. Es evidente que con tales ingredientes no existe literatura posible. Y es que en la España de hoy la novela aparece como un coto cerrado a la vida.

De todas las novelas publicadas en estos últimos quince años, apenas media docena de ellas pueden ser recordadas. Si bien es cierto que la poesía — eterno venero español — reverdeció con mayor o menor brio desde el final de la guerra civil, la novelística ofrece raras y fugaces señales de existencia. ¿Cómo explicar este fenómeno? Quizá por el hecho innegable de que la poesía permite una más fácil evasión en lo personal, siendo así que la novelística exige percepción clara y capacidad de compenetración con lo exterior. Es más fácil hablar de sí mismo que referirse a los demás, a los que trajinan a nuestro lado en cotidiana lucha por la vida. Por otra parte, y justamente por lo que acabamos de decir, la novela tiene mayor necesidad de una más amplia libertad expresiva y también posibilidad de zambullirse en los temas fundamentales de nuestro tiempo. Que no se dude: la falta de libertad corta las alas a la novela. Y no sólo a la novela...

La lectura de la crítica española actual nos permite observar cuán abundan aún los remilgos literarios. Cuando a algún novelista se le ocurre poner en boca de sus personajes las expresiones fuertes, por populares que sean, o cuando introduce ciertas escenas crudas, por habituales que sean en la vida corriente, los celosos guardianes de la tradición moral alzan airados la voz llamando al orden. Se diría que los novelistas no pueden abandonar el limbo de lo irreal para pisar tierra firme. Se quiere olvidar, en aras de una moral mojigata, que desde hace años la vida se ha hecho más desnuda y despiadada, y que las guerras civiles no solamente destruyen casas y demás bienes materiales,

sino asimismo no pocas convenciones y bienes espirituales. ¿Para bien o para mal? Pregunta ociosa; el caso es así y no vale darle vueltas. La literatura, si de veras quiere alcanzar rango de tal, tiene que adaptarse a la vida tal cual es. Tal vez el éxito de NADA — la novela que dió a conocer a Carmen Laforet — se deba al latido de genuina humanidad de sus criaturas, en su combate diario contra el destino cruel.

En esa triste paramera que es hoy día la novelística española, incapaz de hallar una forma propia — no escribo nacional por lo equivoco del término — y temerosa quizá de asimilar las nuevas formas, que si quisiera pudieran llegarle del exterior, un nombre parece irse imponiendo poco a poco, en medio de esas dificultades inmensas a que hemos aludido. Nos referimos a José Camilo Cela. La aparición de su primer libro, *La Familia de Pascual Duarte*, allá por 1942, permitió a Pio Baroja lanzar esta exclamación harto significativa: "Por fin tenemos una novela". En efecto, por fin aparecía una novela que se salía del trillado camino de lo inocuo.

La obra de Cela es ya bastante amplia, en todo caso la suficientemente amplia para que podamos ver en él a uno de los auténticos valores de la joven generación de novelistas españoles. Recordemos brevemente que a *La familia de Pascual Duarte*, novela sobria y dramática — se trata de las memorias de un campesino de tierras extremeñas que acaba en el patíbulo después de haber cometido varios crímenes —, siguió *Pabellón de reposo*, reflejo de la vida en un sanatorio de tuberculosos, y varios libros de cuentos y de vagabundaje — citemos *Viaje a la Alcarria* y *Del Miño al Bidasoa*, en los que las situaciones y los paisajes se dan a través de los personajes con los que el autor tropieza y comparte —, para publicar luego otra novela que es su libro más discutido, el que ha provocado las críticas más acervas y hasta los ataques más violentos: *La Colmena*. Los más benignos han dicho que Cela gusta de lo truculento; otros afirman que linda con la pornografía.

¿Qué es *La Colmena*, esa novela de múltiples personajes que en escenas fugaces, simples esbozos, trata de pintar el mundo del Madrid de estos años pasados tan marcados por la guerra civil y todas sus múltiples secuelas? En las solapas de libro, que por cierto salió en la República Argentina y no en España "por razones particulares" fáciles de adivinar, el propio Cela nos da una explicación: "Mi novela *La Colmena* no es otra cosa que un pálido reflejo, que una humilde sombra de la cotidiana, áspera, entrañable y dolorosa realidad. Mienten quienes quieren disfrazar la vida con la máscara loca de la literatura. Ese mal que corroe las almas; ese mal que tiene tantos nombres como queramos darle, no puede ser combatido con los puños calientes del conformismo, con las cataplasmas de la retórica y de la poética. Esta novela mía no aspira a ser más cosa — ni menos, ciertamente — que un trozo de vida narrado paso a paso, sin reticencias, sin extrañas tragedias, sin caridad, como la vida discurre, exactamente como la vida discurre". Razón

Anecdotalario Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Noé Solano V.



OSE Joaquín Loria, a más de gran señor en la amistad, fué un escritor festivo y un humorista singular en lo corriente de su vida. El autor de esta columna se sintió muy honrado con su amistad y con la valiosa colaboración de este generoso amigo cuando editaba el semanario de crítica, humorismo y combate "DON LUNES". La anécdota que vamos a contar pone de relieve el talento e ingenio de Loria.

Sucedió en la finca Oricuajo, que don Santiago Güell tenía en el litoral del Pacífico, cerca de Jesús María, lugar delicioso y muy visitado por cazadores. Allí llegaban con frecuencia Tomás Gamba, Carlos Manuel Fernández Prestinary, el doctor Zeledón Alvarado y otros. Con ellos, gran devoto de la caza, el recordado amigo Waldemar Walmar.

"Resulta que en cierta ocasión, —narraba él mismo—, llegué a Jesús María con mi rifle, mi machete y mi kodak. Busqué unos cuantos muchachos de la finca para que me acompañaran a ras-

trear algún venado, un tepezcuintle, o lo que fuera. Salimos temprano. Yo iba delante de ellos dando vueltas y más vueltas en busca de algún animal digno de un tiro. Pasó el tiempo. Nos disponíamos a almorzar cuando se me ocurrió hacerles una foto para recuerdo. Los puse en fila frente a mí, me eché el rifle al hombro y al montar la cámara para retratarlos los vi abrir desmesuradamente ojos y bocas y arrancar en veloz carrera cada cual por donde pudo. Inútil fué que los llamara. Desaparecieron como alma que lleva el diablo sin atenderme. Entonces guardé la kodak y me senté a almorzar solo".

Por la noche, ya en la casa de la finca, el amigo Waldemar Walmar seguía riéndose a mandíbula batiente, comentando la ignorancia de esos muchachos que se habían horrorizado con una simple máquina de retratar.

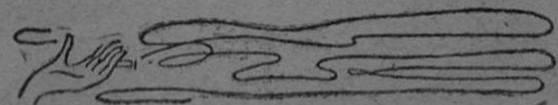
¿Ignorancia? Posiblemente el tigre que apareció tras unos árboles también se asustó y decidió esfumarse.

¿En qué otra forma pudo el recordado amigo vivir para contar-nos la anécdota?

tiene Ortega y Gasset al escribir: "Cela no es un imaginativo o un sensitivo; es un investigador, un buceador del alma humana..."

Los caminos que se ofrecen a toda novelística son múltiples, como múltiples son los aspectos de su temática. Mas lo que no puede hacerse sin correr el inevitable riesgo de angostarse y reducirse a mero polvo, es girar en torno a temas cansinos que ni son eternos ni son nuevos, mal este de que adolece actualmente la no-

vela española. Los jóvenes escritores habrán de lanzarse a la aventura de lo real, a investigar y bucear en el alma humana siguiendo el ejemplo de José Camilo Cela, terminando así con una actitud que mucho nos tememos no sea simple desorientación u orfandad imaginativa, sino algo más grave aún: comodidad y afán de no complicarse la existencia, deseo de no comprometerse consigo mismo, y, sobre todo, con los demás. Ojalá nos equivoquemos.



EL INDIO, NUEVA REALIDAD

Por F. FERRANDIZ ALBORZ



A literatura, arte de finalidad humana, no puede permanecer indiferente al destino de los hombres. Pero en cuanto arte in-

terpreta al hombre no siempre como entidad esencial, indiferente a las circunstancias de lugar y tiempo, sino como realidad en proceso, condicionada por las circunstancias ambientales. De ahí que la literatura abarque contenidos no sólo artísticos, sino también metafísicos, históricos y sociales.

Las especulaciones filosóficas, históricas y sociológicas y la intuición poética, se armonizan en la literatura novelística. A medida que el proceso histórico democrático eleva a conciencia política zonas de humanidad cada vez más vastas, la novela adquiere nuevo contenido, nuevas dimensiones de fondo y forma. Los personajes pueden incidir sobre los temas eternos: amor y odio, lucha por el poder o la felicidad, sed de gloria o ambición de dinero, el complejo psicológico del individuo o de la colectividad, pero nuevas capas sociales incorporadas, en función de personajes del escenario histórico, requieren nuevos modos, crean un nuevo estilo interpretativo y, por consiguiente, un nuevo estilo expresivo.

Ante un nuevo estilo impuesto por una nueva realidad, un nuevo contenido humano, los amantes de los valores temáticos tradicionales muestran asombro, disconformidad o desprecio. El espíritu humano tiende siempre a la perduración de su condicionamiento de tiempo y lugar, y si es verdad que acepta a la postre el cambio, no es sin cierta pesadumbre, ante la necesidad de rendirse a la evidencia. El arte, que está siempre en revolución, cuando obra por su propia fuerza interpretativa y exaltativa, convertido en fuerza reaccionaria cuando se adapta a consignas para su recreación, es el encargado de dar al hombre sobrevivencia. Por la historia el hombre vive; por el arte el hombre sobrevive. Por él adquieren las criaturas entidad espiritual. Una entidad por la que el hombre económico, el político, incluso el histórico, alcanzan trascendencia immanente, para la valorización en símbolos de todos los pueblos, de todas las culturas.

Si el asombro, la indiferencia o la indignación son reacciones naturales en el transcurrir de estilos de una literatura nacional, es presumible suponer cómo serán ante producciones de climas antipodas, de hombres cuya existencia apenas si se conoce, o a lo sumo como denominación geográfica o antropológica, cuando no peyorativamente histórica.

ASOMBRO ANTE LO NUEVO

No se trata, naturalmente, del motivo exótico que interpreta un escritor europeo. En estos casos, el motivo es casi siempre agradable, pues si existe feísmo argumental, el estilo del artista, expresión del estilo de su medio, lo vincula al gusto general de los lectores. Pero no sucede así cuando lo exótico no es una impresión de vida contemplada por ojos ajenos, sino una realidad sentida, valorada, exaltada, en pro o en contra, por una artista de los que el gusto civilizado europeo califica de bárbaro. Paul Gauguin se confina en Tahití y pinta un paisaje de subjetividad occidental.

¿Cómo será el paisaje espiritual de Tahití interpretado por un artista tahitiano? Aun no se ha elaborado en la sensibilidad del exotismo asiático influido por Occidente, una impresión síntesis de lo occidental con lo vernáculo.

Otro ha sido el proceso en Hispanoamérica. Cuando Sarmiento presenta un ejemplar de su *Faundo*, en 1846, a M. Buloz, de la *Revue des Deux Mondes*, éste descubre algo nuevo, un nuevo estilo debido a un nuevo tipo de hombre que se ha incorporado a la recreación espiritual del mundo. En realidad era entonces que empezaba a descubrirse el Nuevo Mundo para la intelectualidad europea. Sin embargo, *Faundo* era uno de los múltiples matices de Hispanoamérica. La fuga que Sarmiento inicia del gaucha al occidental, una literatura vernácula, invirtiendo los términos por la ley del retorno, la inicia de lo occidental a lo gaucha, y entonces aparece una auténtica literatura hispanoamericana.

Fué, empero, un europeo, el inglés William H. Hudson, quien con más alta captación del paisaje rioplatense escribió libros donde se expresaba igualmente un nuevo estilo. Su libro *Tierra Púrpura*, novela de sus andanzas por la hoy República Oriental del Uruguay, evidencia la armonía del hombre con la tierra. Su literatura muestra ya un nuevo modo de hacer novela hispanoamericana con un realismo mestizo de hombre son sabor a tierra, de tierra con sabor de hombre.

Por otras zonas geográficas se iniciaron nuevas rutas. En Colombia, J. Isaacs ofreció con su *María* (1867) una estilizada estampa de romanticismo criollo. El bajo relieve de Chateaubriand en *Atalá* (1801) deja de ser una imagen subjetiva de un mundo exterior. En la novela del colombiano se elabora un nuevo matiz de alma romántica consustancial con la nueva tierra. Pero es difícil manumitirse de influencias extrañas. El ecuatoriano Juan León Mera escribe *Cumandá* (1871) calcando moldes románticos europeos. Como en la economía, aquí estaba la materia prima, el romanticismo vinculado a la naturaleza y al hombre, pero se elaboran los símbolos con marca de fábrica europea. Los escritores europeos que se asomaban al nuevo mundo literario, quedaban asombrados por algo que se anunciaba con nuevo estilo, mas no podían imaginar un arte que rebasara las posibilidades creadoras de los moldes europeos.

RETORNO A LO VERNACULO

Una nueva etapa y se va perfilando el nuevo estilo novelístico. José Hernández escribe la primera parte de su *Martin Fierro* (1872). Un romance que puede leerse como novela. El octosílabo parece una evocación de trote sobre La Pampa. Una payada general mientras los pingos cabalgan para que el gaucha contemple la grandiosidad de su tierra y de su desdicha. Y queda sangrando la nueva herida en el pais-



saje del hombre nuevo. Un libro sin pretensión literaria, pero de honda preocupación humana, clave de su fama y de su inmortalidad.

Se inicia la vuelta a lo vernáculo, que ya exaltaron los mejores Cronistas de Indias, mas en ese nuevo ciclo espiritual aparece una fuga: la del modernismo. El cubano José Martí, el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera y el nicaragüense Rubén Darío, traduciendo en poesía el mensaje de su doble paisaje espiritual y físico, expresan un nuevo modo de decir, dando a la palabra una nueva profundidad de imagen. Nuevos giros, nuevos sentidos, nueva articulación vertebral del español, que alcanzó con ellos lo que raramente había logrado desde el Siglo de Oro: una emoción lírica con sabor a tierra, tierra con nuevo mensaje espiritual.

En cada república hispanoamericana podría señalarse una constelación de escritores haciendo frente a una nueva realidad, la suya, pero que comenzaba a descubrirse entre las dos últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del XX. Nos conformaremos con citar algunos nombres. El uruguayo Eduardo Acevedo Díaz escribe su novela *Ismael* (1888), y en el entrevero de una de las tantas revoluciones, ofrece la primicia de un mestizaje humano elaborando un nuevo mestizaje espiritual, determinante del ser americano rioplatense. El ecuatoriano Luis A. Martínez, en su novela *A la Costa* (1901?), da movimiento en alto relieve a las manifestaciones de su patria, el trópico costero y el altiplano andino, marcando la iniciación temática de un estilo nuevo. En México, Mariano Azuela, con su novela *Los de Abajo* (1916), eleva a realidad literaria el drama de la revolución mexicana. Horacio Quiroga, uruguayo con furia de tierra nueva y pasión de río y selva, asombra con sus libros *El Desierto* (1920), y *Anaconda* (1921). El colombiano José Eustasio Rivera descubre el nuevo infierno verde altoamazónico con su novela *La Vorágine* (1924). El argentino Ricardo Güiraldes, descubre igualmente el paisaje espiritual de La Pampa con su novela *Don Segundo Sombra* (1926). En Venezuela, Rómulo Gallegos estampa el molde de una realidad humana de correntada, frontera entre la civilización y la barbarie, con su novela *Doña Bárbara* (1929). Otro uruguayo Carlos Reyles, incide sobre la tipicidad vernácula y escribe *El Gaucho Florido* (1935), demostrando que el tema es inagotable cuando el talento y la sensibilidad del artista saben saturarse del alma del hombre y su paisaje.

¿Se expresaba en estas novelas todas las facetas del drama hispanoamericano? No; había otra zona virgen para el desarrollo de la novela. Las ya citadas corresponden al ciclo mestizo, a la elaboración síntesis de un nuevo tipo de hombre.

UNA NOVELA JURIDICA SOBRE EL INDIO

Quedaba inédita una gran zona humana por descubrir como tema fundamental de una posible novela. Inédita, pero no porque no hubiera representado uno de los papeles más dramáticos de la vida, sino porque los artistas y escritores obligados a exaltar los personajes de más destacada figuración, a la que estaban vinculados por origen o acatamiento permanecían ajenos al dolor de los humildes, los indios.

ritus impresionados por ese gran dolor, y se hicieron misioneros de su mensaje. Ahí está Fray Bartolomé de las Casas. Su *Historia de las Indias*, en tono mayor, y trucción de las Indias en tono menor, aunque en ambas intención y tensión son máximas, cuyos errores quedan justificados por el aliento redentor de su indignación. Estos dos aspectos de la historia americana son dos grandes novelas históricas.

Otra maravillosa novela es la que se estampó en las *Leyes de Indias*, y que Juan de Solórzano Pereira, con su genial erudición, recogió en su *Política Indiana*. Y cuando decimos novela, refiriéndonos a la indignación del misionero y a la teoría del jurista, no damos tono humorista ni peyorativo al término. Se trata de una misión y una teoría trabadas a una realidad que se evadían siempre, convirtiéndose, por esta evasión, en verosimilitud. Y eso es la novela: una realidad verosímil, o la verdad real, la historia que pudo ser y que continúa pudiendo ser sólo por el hecho de continuar aplicando aquella misión y aquella teoría a la entidad humana que denominamos india en Hispano América. En toda historia frustrada que es una novela, existe la posibilidad de adivinar nuestra historia del acontecer de cada día y de comprender la auténtica historia de un pueblo, la que brota del hontanar de las almas y convertida en acción se transforma en sueño.

Después de estos dos grandes alegatos históricos, a los que habría que agregar, en las primeras décadas del siglo XVIII, el testimonio de otros dos españoles, Jorge Juan de Santaella y Antonio de Ulloa, en sus *Noticias Secretas de América*, asombra que gentes "cristianas", "bien intencionadas", se comportasen — y se comportan — respecto del indio, no ya en relación de superior a inferior en el orden jerárquico, sino como de racional a irracional. Todas las desgracias que al indio suceden son, según esos sentimientos "cristianos", producto de su propia naturaleza. Conmueve como probar que no ha cambiado el tono piadoso y literariamente jurídico del trato de hoy a los indios respecto de las *Leyes de Indias*. El Consejo de Indias repitió hasta la saciedad el buen gobierno para con los naturales de América, precisamente por su condición "miserable, humilde, desvalida". Todo estaba previsto en aquellas leyes.

El mal estaba en el hombre y no en la legislación, en una fuerza superior a todas las leyes: la de una cultura prepotente, con su intimo impulso expansivo, chocando con otra cultura inferior. Las mismas deprecaciones de aztecas e incas sobre los pueblos fronterizos, hasta sojuzgarlos, recayeron sobre ellos con los nuevos invasores, los españoles. Quince siglos de moral cristiana y humanismo clásico no habían podido suavizar el furor bélico, aunque si habían morigerado el concepto moral que merecía el vencido. Las leyes de la economía tiranizaban, siguen tiranizando, más que las de la guerra. Los que fueron vencidos por la espada continuaron vencidos por el salario, ya que no por la esclavitud. Las palabras indignadas de Fray Bartolomé de las Casas y sus discípulos no podían doblar el imperativo de la economía, el derecho de los explotadores de la riqueza a tener mano de obra, como igualmente se quebró la jurisprudencia de Francisco Vitoria, queriendo dar a la

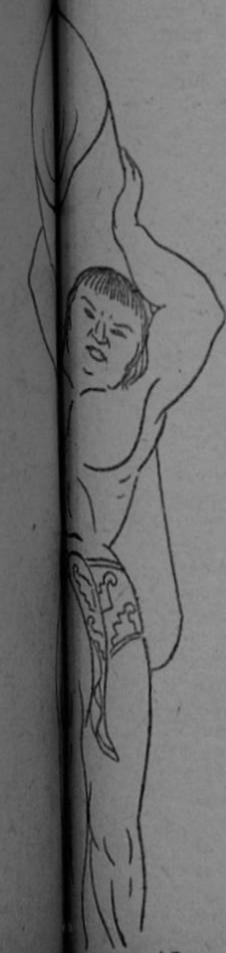
LITERARIA HISPANOAMERICANA

cho de reciprocidad en la colonización y participación de los indios durante el demérito de la historia. Lo que His- tória siendo para mejor, descansa, mente, en aquel sobre una reali- deseo de mode- semejanza de un ar- perfectible en su

SBOS

no podía elevar- se al primer término de la historia ni con la presencia al margen de la historia. Lo que His- tória siendo para mejor, descansa, mente, en aquel sobre una reali- deseo de mode- semejanza de un ar- perfectible en su

ción mexicana, en el velo de ese comienzo a apare- cer. Y no como teo- ría pictórica. José y Diego Rivera de crear una fidel al devenir humano. Pero la no- vela abordó el tema. En la historia mexicana el indio no es un personaje de servicio sino en servicio de la historia mexicana se parte de sus mo- tivos para redimir



al indio, pero si el indio se entregó a la revolución fué como guerrillero de facción, no como indio. ¿Se incorporó activamente a la revolución? La Revolución mexicana es obra del mestizaje y de ahí el fondo claroscuro de contradicciones que lentamente van adquiriendo realidad política, pero sin ahondar en el complejo de los compartimentos estancos raciales mexicanos, que la pintura elevó a símbolo de fuerza y voluntad de lucha para su integración en la vida nacional.

EL NUEVO PERSONAJE LITERARIO

El personaje aparece como tipo de novela en un pueblo cuya masa de población es casi totalmente indígena: Bolivia. Raza de Bronce, del boliviano Alcides Arguedas, se integra en valores históricos y sociales tanto como artísticos. Siendo de un realismo objetivo, por una apriorística interpretación, la novela resulta pesimista en cuanto a la valoración del indio. Esta novela es la base literaria que con teorizaciones históricas y raciales indujeron al mismo autor a denominar a su patria "pueblo enfermo". Arguedas interpretaba la realidad humana de Bolivia según signos vitales europeos. Lo que no coincidía con los índices vitales de Europa se denominaba enfermedad.

Con esta prevención es lógico que el personaje sea adulterado al incorporarlo a la creación literaria. Igualmente adulterado resulta cuando se hace de él una entidad idílica, cuyas desgracias le vienen por influencias extrañas a su propia condición humana. Cuando una valoración no es artística ante todo, las interpretaciones y exaltaciones novelísticas de la realidad nacen heridas por la deformación. El realismo social tiene que aparecer como uno de los tantos imponderables de la creación literaria en el juego milagroso de todos los imponderables.

Esta primera novela, Raza de Bronce, sobre la temática del indio como tipo de hombre y como problema, venía a justificar el prejuicio racial. Predominaba aun el sentimiento de Gobineau en su Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas. La enfermedad del indio, en cuanto ser social, político, histórico, nacional, no obedecía a razones sociales, políticas, históricas, nacionales que le condicionaban como hombre, sino a su propia naturaleza. ¿Qué hacer? ¿Cómo resolver la contradicción de un pueblo cuyos habitantes, en su gran mayoría, son condenados política y socialmente, culturalmente, a la defunción histórica? Y aparece, en unos, la teoría del cruce, el mestizaje, fomentando la emigración de pueblos considerados superiores, y en otros la más radical, la de la eliminación del indio como entidad política, manteniéndolo como un ser irracional para la explotación económica, al margen de las consideraciones de deber y derecho.

Pero Raza de Bronce, pese a su deformación del indio, a su negativa valoración del hombre boliviano, es una grada por la que paulatinamente se iba asomando a la curiosidad, a la inteligencia y a la sensibilidad de los artistas el hombre secularmente aplastado contra la tierra. El arte literario es el gran precursor. Hacía el pasado recoge la tradición olvidada en sus perfiles más íntimos, y enseña a la historia a rectificarse y dignificarse y ha-

cia el futuro señala la cantera espiritual de donde puede salir el hombre nuevo. Así es como la novela hispanoamericana, recogiendo la tradición de la gran novela histórica de los Cronistas de Indias, de los legisladores de Indias, de los misioneros de Indias, en un salto de tres siglos ha descubierto al indio como nueva realidad literaria. La literatura nueva de Hispanoamérica no podía faltar a la cita mundial para el redescubrimiento del hombre.

"HUASIPUNGO", CLAMOR EN LOS ANDES

Pero en la naturaleza de los hechos históricos estaba que el hombre cuyas espaldas son el basamento de la economía de los pueblos andinos, había de hallar su novelista. Y lo halló en el ecuatoriano Jorge Icaza. En nuestro prólogo a Flagelo (1936), del mismo autor refiriéndonos a Huasipungo decíamos: "La tragedia del indio ecuatoriano, que tiene similitudes con la del boliviano y peruano, es tratada por primera vez en Hispanoamérica como una realidad artística en relación con una realidad social".

Mas si le alcanza el mérito de ser el primer captador de un nuevo tema, lo que verdaderamente importa es haber iniciado un nuevo estilo, nuevo en la realidad formal, nuevo en el acontecer vital de sus criaturas. Toda novela es una relación entre el personaje, individual o colectivo, y algo más que esas circunstancias a las que alude Ortega y Gasset. La definición del hombre, como la de los personajes literarios, lleva implícita, naturalmente, lo que él es y además las circunstancias de lugar, tiempo, antecedentes y devenir, pero, entonces, la circunstancia no es accidente ajeno al personaje sino algo esencial, al imprimirse en la acción y pasión del hombre. Jorge Icaza hubiera podido hacer una novela de corte clásico, dentro de la variedad de estructuras que hoy conocemos como novela (véase más adelante nuestra nota sobre El Mundo es ancho y ajeno, de Ciro Alegría). Las hizo, como lo demuestran sus novelas En las calles, Cholos y Huairapamushcas, pero entonces iba superando su etapa creadora en el aspecto técnico. El tema central ya no es en estas novelas el indio, pues en ellas aborda el problema del mestizaje. Sobre la realidad temática indígena se presenta un elemento dispersivo que obliga a la descripción sin detalle de caracteres y enigma de reacciones psicológicas.

No es el caso de Huasipungo. El tema es conocido y corriente en la novelística contemporánea. Un fundo agrario cuyo dueño, un latifundista, lo vende a una empresa extranjera para convertir en industrial el agrarismo del medio, instalando un aserradero de maderas. Para ello es preciso arrojar a los indios de sus huasipungos (palabra quechua, pequeña porción de tierra que el indio cultiva para su uso, pero que le obliga a contrato forzoso con el latifundista.) Hay que despojar a los indios. Ellos son peso muerto en el desdoblamiento industrial de la economía. Pero los indios se sienten como parte de su tierra, se funden a ella y oponen resistencia. Las oligarquías hacen frente común contra la actitud indígena: la clerical, la económica integrada por los grandes propietarios de tierra, la castrense, como elemento de represión contra toda resistencia a sus priva-

legios y de los otros dos estamentos.

Hay que agradecer a Jorge Icaza dos aportaciones a la literatura hispanoamericana: Primera, haber denunciado, al mundo una de las grandes tragedias de nuestro tiempo; segunda, haberlo logrado artísticamente, con pulso dramático, en armonía con el paisaje espiritual y físico de los indios. Muchos de esos indios aparecen en la novela con su particular tragedia, pero lo trascendente que alienta en la novela es la emoción colectiva. Estas criaturas no se han despreñado todavía del cordón umbilical que les ata al ser común. Su vida particular es bien poca cosa, mas cuando se levantan y obran colectivamente, en tonces adquieren relieve de máxima entidad histórica. Sólo cuando obran en común golpean fuerte en los pórticos de su destino.

Lo que a nuestro entender más admira y atrae de Huasipungo es su tragedia de génesis. No se sabe exactamente cuándo acaba la tierra y empieza el hombre. Por eso su prosa, más allá de la descripción, y la interpretación es un clamor de contenido bíblico. Canto, llanto, súplica, imprecación, clamor de multitud contra los vientos y las tormentas que gravitan sobre los indios como exterminación humana. La impresión es también de ausencia, como si el indio continuara siendo un mitmae, invocando siempre la cuna de su posible consuelo. Es un llorar por el bien que perdieron sus antepasados tanto como el concreto de su vida.

Quien tenga valor para afrontar zonas insospechadas, por lo monstruosas, del dolor humano, leerá Huasipungo con corazón oprimido, pero reaccionará saludablemente, sintiendo esa parte de amargura con que los espíritus selectos reaccionan al comprobar que, afortunadamente, el artista de hoy conserva el suficiente valor como para descender a los infiernos mostrando a los mortales el dolor inútil de las criaturas, inútil porque podría ser eliminado con justicia y buena voluntad.

LA PRESENCIA DEL PASADO

Sobre el tema del indio hay otra gran novela, la del peruano Ciro Alegría, titulada El Mundo es ancho y ajeno. En ella el nuevo tema aparece elaborado en el molde de una novela clásica. Con triarimente al ritmo agonioso de Huasipungo, la novela de Ciro Alegría es morosa, con etapas concéntricas, con grupos humanos diversos que amplian la acción en multitud de aspectos individuales y colectivos.

El Mundo es ancho y ajeno es una novela de tesis. Gira en torno a una comunidad agraria indígena. Esas comunidades van siendo acorraladas por la expansión latifundista. Cada vez más hundidas en las faldas rocosas de la cordillera, pero cuando el trabajo de los indios logra convertir la tierra en fuente de riqueza, un nuevo empujón del latifundismo los arrincona más y más. Como en el Ecuador, Perú presenta también el juego de las tres oligarquías haciendo frente a toda posible resurrección del indio como entidad humana. Las oligarquías no se conforman con que el indio trabaje y camine por el surco que de antemano le han trazado. Necesitan que se rebele, argumentando así la justificación de su matanza. En ese antagonismo, que no han sabido conciliar después de más de cien años de vida independiente, en torno siempre a la posesión de la tierra, Ci-



ro Alegría construye una gran novela hispanoamericana.

El primer capítulo, "Rosendo Maqui y la Comunidad", es por sí solo una abertura al contenido telúrico de la obra. Rosendo alcalde de una comunidad indígena, caminando tropieza con una culebra y aparece el fondo ancestral condicionador de la vida del indio. Una nueva dimensión espiritual más que una superstición, una integración del cosmos en el ser indígena, razón de ser de su inmutabilidad ante el cambio de las cosas. La vida del indio, contemplación y aspiración de cumbre, es de permanente meditación. Para el indio la tierra no es sólo un medio de sustento, lo es también de elevación. La secular lucha entre el indio y el blanco es triba en una desarmonía fundamental, por el modo de situarse ante el mundo. Para el indio, la tierra — valle o cumbre — es residencia del hombre. Para el blanco la tierra es empresa. Cada uno de los elementos naturales repercute en la sensibilidad del indio como norma constante de admiración y afecto, mientras que para el blanco todo es elemento de valoración productiva. Afortunadamente para Hispanoamérica el indio aun no ha perdido su devoción de tierra. Importa mucho esta reserva espiritual para nuestro futuro.

Persistente la pugna ideal indio-blanco, no elaborada aun en estos pueblos la síntesis mestiza, descastado el porcentaje mestizo existente de las dos corrientes que lo integran, los demás accidentes — diferencia racial, relación de clases, turnos constitucionales o de dictadura — se mantienen o suceden sin cambiar el clima espiritual del Perú. En la novela de Ciro Alegría vemos el acontecer de vida con una lógica que dimana de la discrepancia inicial. Para el indio no hay ningún derecho, ni siquiera el de aceptar la ley ajena, pues incluso entonces se le aguijonea en su instinto para que se violente y alce. Y lle-

UNA ANTOLOGIA DE RUDYARD KIPLING

por RAMON SENDER



SOMERSET Maugham ha publicado en estos días una antología titulada 'El Mejor Kipling', con un extenso prefacio sobre ese autor anglo-hindú, que fué también un escritor de éxito comercial. Pero Maugham sabe que en esto de la popularidad y el éxito hay misterios. Y que se dan casos de escritores que se hacen ricos cultivando la poesía de valores líricos más genuinos y puros. Es el caso de Rudyard Kipling. Por eso Somerset Maugham no regatea su entusiasmo. El prefacio de Maugham no trata de situar académicamente ni históricamente a Kipling. Es más emocionado que crítico, lo que, tratándose de Kipling, no extrañará a nadie.

Tiene Maugham la distinción de proclamar los méritos de sus mayores en edad y merecimientos. Su entusiasmo por Kipling es natural, pero hemos visto en Maugham la misma discreta actitud con otros autores de mérito menor, lo que implica generosidad y finura de espíritu. Maugham es un autor que sin haber inventado nada nuevo — no es tan fácil inventar en literatura —, ha seguido la corriente del realismo psicológico en la novela mostrando agudeza, ingenio y buen gusto.

Kipling hizo algo más que seguir una corriente ya establecida. Trajo formas nuevas al repertorio común de las letras. En una palabra, inventó. Tal vez para inventar no hay nada mejor ni más seguro que ser fiel a sí mismo. Todos los hombres somos diferentes, y en esa diferencia natural tenemos nuestra originalidad. Exponer las ideas y las impresiones que son de uno y sólo pueden ser de uno es decir algo nuevo. Es lo que hizo Kipling. Inglés criollo del Indostán, con una infancia torturada por el miedo a las serpientes venenosas y por las melodías de los encantadores, acertó a escribir sus miedos y sus devociones, y ha dejado una obra llena de lozanía y de gracia.

En la biografía de grandes rasgos que escribe Maugham he encontrado cosas nuevas, a pesar de que leí en 1938 el libro de memorias póstumas de Kipling, donde se supone que el autor debía decirlo todo. Pero Kipling no dijo sino cosas discretas sobre sí mismo y amables sobre los otros. Evitó los recuerdos incómodos. No dijo — como anota Maugham — que los funcionarios del Imperio y los profesores de las escuelas hindúes hablaban de él "con un desdén debido, en parte, a una innoble pero natural envidia". Los profesores de las universidades inglesas en oriente tenían una actitud parecida. Nada más difícil de comprender que los celos y las bajas pasiones contra el hombre que alcanza excelencia en las letras o las artes. Cuando la obra de arte logra un cierto nivel de maestría parece que todos debíamos alegrarnos, porque enriquece de un modo jubiloso nuestro tesoro común. Pero no es así, por desgracia.

El primor en la creación literaria y artística se envuelve a menudo en apariencias raras y posee complejidades sólo accesibles a los hombres que tienen bastante agudeza para percibir las. En el caso de Kipling esas complejidades eran las de la sencillez ú-

tima. La difícil naturalidad y espontaneidad de los maestros. Algunos no querían o no podían entenderlo. Los celos literarios suelen ser señal de impotencia. En la misma incompreensión que demuestra el celoso, se ve que es incapaz de entrar en el juego de valores y calidades del genio. Si entrara, su envidia perdería el veneno. Porque hay, como dice Cervantes, una envidia virtuosa. Kipling tuvo una fama y difusión asombrosas. Las novelas de Kipling, que traducidas a todos los idiomas, sufrieron la experiencia de las ediciones descuidadas y con frecuencia infieles, han encantado a todo el mundo. Una crítica resentida y ligera acusaba a Kipling de ser el tambor mayor del imperialismo inglés. ¿Qué tambor mayor? Como dice Maugham, el retrato que hace Kipling de la sociedad inglesa en la India es devastador. "La vida que describe es frívola y vacía. La autosuficiencia de los funcionarios coloniales produce horror. ¿Qué clase de hombres eran aquellos? Ordinarios ciudadanos de la clase media, procedentes de hogares modestos de Inglaterra, hijos e hijas de funcionarios del Estado o de curas protestantes o de médicos y abogados. Cabezas huecas que disimulaban la oquedad con un barniz de cortesía. Las mujeres eran superficiales, provincianas y cursis. Gastaban el tiempo en coquetos y su única diversión parecía consistir en robar el marido o el novio a la amiga".

En esto se daba un curioso contrasentido. La feroz sátira de Kipling estableció entre la gente de clase media patrones nuevos. Era de buen tono entre ellos la vaciedad y la tontería. Se consideraba vulgar todo lo que se refiere a los aspectos trascendentales de la vida humana: el arte, las letras, la historia, la religión. En general, las humanidades. De esa ignorancia hacían un signo de superioridad de clase. Afortunadamente, la clase media puede imponer maneras y modas, pero no patrones culturales, y todo eso ha pasado ya. En cambio, Kipling queda con su sátira, a veces franca y a veces velada. Nadie caería en el disparate de pensar que la sátira de Kipling ha influido decisivamente en la destrucción del imperio inglés, pero es cierto que los libros de Kipling enseñaron, por un lado, a los hindúes a despreciar la máquina de la burocracia colonial y, por otro, a estimarse a sí mismos en su tradición y en el misterio poético de su vida.

No hay en la cultura occidental una poesía más refinada y honda y sincera que la de Kipling cuando recuerda en verso o en prosa el encanto de esas tierras hindúes y trata de transmitirnos la emoción de aquellas selvas con sus hombres herméticos y sus animales locuaces. Al lado de los animales parlantes de Kipling, los de Lafontaine, Esopo y los de las remotas leyendas sánscritas son muñecos de cartón sin más valor que el de la moraleja.

Recuerda Somerset Maugham que la popularidad de Kipling fué fantástica y que sólo se podía comparar con la de Dickens en sus mejores tiempos. Henry James decía de él que era "la estrella mayor de su tiempo" y el más próximo rival de Stevenson. Este decía de Rudyard Kipling que te decía "clever" (listo, hábil) para vivir. Pero como decíamos, no le faltaron a Kipling de-

tractores. No podían perdonarle la ligereza y seguridad de su concepción ni, sobre todo, la facilidad de su éxito. Lo acusaban de falta de profundidad, de incapacidad filosófica, de abuso de la anécdota. ¿Pero qué otra cosa puede hacer un novelista sino abusar de la anécdota? La mayor tarea de un narrador consiste en seleccionar entre la multitud de anécdotas que le ofrece la vida ordinaria aquellas que tienen el sentido recóndito que busca.

Termina el prefacio de Maugham, diciendo que Rudyard Kipling es el único escritor de novelas cortas que tiene Inglaterra comparable a Guy de Maupassant y Chekhov. "Es nuestro mejor cuentista. No puedo creer que sea nunca igualado por ningún otro autor, y estoy seguro de que nadie podrá superarlo".

Maugham sigue en su vejez entusiasmado por el autor que sin duda iluminó las horas de su juventud. Yo tampoco puedo recordar a Kipling sin gratitud. Su "falta de aptitud filosófica" es una inepticia de sus detractores. Un verdadero filósofo sabe que la poesía es antes que la idea especuladora, como la sensibilidad antes que la razón y la existencia antes que la reflexión. Kipling nos da a veces la impresión de que la misma naturaleza nos dice sus secretos sin necesidad del artificio de la composición ni el vicio de la interpretación. ¿Qué otra clase de profundidad filosófica se le puede exigir a un novelista y a un poeta?

Entre las diferentes culturas indostánicas, a Kipling le entusiasmaba la de los musulmanes, que tanto abundan en aquellos territorios del sur de Asia. Prefería Kipling la mezquita de Wazir Khan a los otros templos y el carácter provocativo atrevido y señorial del árabe a la pasividad resignada de los hindúes. Los ingleses, que tanto gustan de la aventura arriesgada, admiran esa misma inclinación en otros pueblos.

En su autobiografía "Algo sobre sí mismo" (1938), dice Rudyard Kipling que siendo niño habló antes en hindú que en inglés. Cuando tenía que ir a ver a sus parientes de Inglaterra, aprendía de memoria en un inglés defectuoso las cosas importantes que tenía que decirles. Desde sus días tempranos, Kipling estaba saturado de orientalismo y sólo así se concibe la espontánea síntesis de sus libros, incluidos los de la selva o, como se suele decir en América, los "Libros de la Jungla". En definitiva, es de Oriente de donde nos viene la remota afición a hacer hablar a los animales y a darles un alma humana.

Fué entre 1892 y 1896 cuando

escribió esos libros, cuyo héroe desnudo, Mowgli, ha sido después imitado en el cine y en la novela comercial y ha dado millones a la industria de lo sensacional pintoresco. Me refiero a Tarzán y a sus interminables aventuras. De Inglaterra han salido, en el último siglo, dos figuras que fueron concebidas delicadamente y que se han envilecido en el mercado y en la pantalla: Frankenstein y Mowgli. El primero, incubado y gestado medio en broma por la segunda mujer del gran poeta Shelley, ha horrorizado a chicos y a grandes en todos los rincones del mundo. Mowgli, rebautizado con otros nombres, ha hecho las delicias de dos generaciones, y con sus disfraces bastardos se le ha llevado una parte de la parroquia a Kipling, como él mismo dice un poco amargo en sus memorias.

Esos dos tipos salidos de la imaginación de los ingleses — Mowgli y Frankenstein — representan los dos polos extremos y opuestos del misterio natural. Mowgli es el tipo idílico, que nos muestra una naturaleza propicia y amiga, Frankenstein es la naturaleza satánica que hay que dejar dormir en las sombras. Los dos parecen ser el antecedente y el consecuente de otro tipo inglés: Robinson Crusoe. El gusto de la cultura inglesa por la naturaleza ciega y sorda a la que hay que dominar está, más o menos, en todos sus autores famosos.

Si alguien puede ser llamado un "self-made-man" es Kipling. Su cultura académica y formal era casi nula. Hizo su aprendizaje literario en un periódico de tercer clase en un rincón de la India. El secreto de su obra está en el orden espontáneo del instinto y la intuición. Esto era lo que sacaba de quicio a los altos funcionarios de la colonia. Muchos de ellos trataron de hacer probablemente lo mismo con esfuerzos titánicos y baldíos.

Ha reunido en esa antología Somerset Maugham las narraciones que a su juicio definen mejor la personalidad de Kipling: siete de la India y cinco de Inglaterra. Yo prefiero las hindúes, aunque no participe de la opinión de Kipling, según la cual, su mejor novela es "Kim". Hay en ella demasiada composición para nuestros gustos modernos. Demasiado plan y elaboración. Preferimos en la novela una fluidez sin orden preestablecido o con un orden lo menos aparente posible. En "Kim" no se puede dejar de admirar, sin embargo, esa abigarrada sociedad hindú con sus príncipes, sus pícaros prósperos y sus "intocables". El barroco misterio de los bazares, la sugestión de las montañas lejanas y la triste pobreza doblada de poesía de los valles. Kim, el mestizo vagabundo nos deja ver, a través de sus heroicas peripecias, toda esa vida en un plano en el cual es imposible separar la verdad del sueño y el documento vivo del artificio.

De sus novelas de Inglaterra la mejor, tal vez es la última que escribió con el título "La aldea que votó que la tierra era plana". Uno de sus personajes dice algo que vale por una afirmación del mismo Kipling: "No puede uno hacer nada en arte que alcance la grandeza y sencillez de la naturaleza misma. ¡Maldita naturaleza! Siempre va más arriba". Sin embargo, podría decirse que a veces Kipling la alcanzó.

Ultimas Novedades para Navidad y Fin de Año



- Joyería
- Carteras de Cuero
- Carteras de Terciopelo
- Carteras Doradas y Plateadas para baile.
- Abrigos de Gro, largos y cortos
- Abrigos de Terciopelo
- Abrigos de Lana
- Estolas de lana, peluche y terciopelo
- Vestidos para mañana
- Vestidos para noche
- Vestidos para cocktail
- Flores y Adornos
- Fajas interiores para señoras
- Sweters para señoras
- Pantuflas para señoras
- Batas de levantarse, para señoras
- Ropa interior Nylon
- Trajes de Baño
- Enorme surtido en telas de Nylon
- Oriones lisos y estampados

- Gro Liso en 28 lindos colores
- Falla
- Crepé Gloria
- Tafetanes gruesos, lisos y labrados
- Otomanes para abrigo
- Gro grueso labrado para abrigo
- Surtido en Telas como jamás se ha visto!

Unicos! Unicos! Unicos! — Separe sus compras con tiempo.



Muñecas en todo tamaño, color y vestido. — Trenes. —

Mecanos — Juegos de Cow Boys, etc.

AQUI ESTA SU CASA!!

Esta preciosa casa, situada en San Francisco de Dos Rios es la sexta casa que la Tienda LA GLORIA obsequia entre sus clientes.

Compre Ud. en LA GLORIA

Por cada compra, o abono a su cuenta, de ₡ 30.00 recibirá 1 ACCION.

UD. PUEDE VER ESTA CASA

los SABADOS de 1 a 5 p. m. y

los DOMINGOS de 8 a . m. a 5 p. m.

Tienda "LA GLORIA"

(LA TIENDA de Moda) en sus locales de "EL ENCANTO" y "BAZAR del MERCADO"

LA BIBLIOTECA DE SIR THOMAS BODLEY

por Marc-André Béra



L siglo XVII fue una época venturosa para las universidades inglesas. Aunque las alcanzó también el torbellino de la guerra civil y, en particular, Oxford —refugio de Carlos I— conoció los horrores del asedio, se puede afirmar que una vez pasada la crisis bélica, que dejó como saldo la desaparición de la vajilla de plata de los colegios y la destrucción de algunos vitrales, el espíritu universitario volvió a tomar impulso bajo la vigilancia estrecha pero benévola del Protector. Entré los cuatro reinados de los Estuardos, la dictadura de Cromwel y la segunda Revolución, la Universidad tuvo sin duda que navegar hábilmente: creía que la flexibilidad no era incompatible con la dignidad y que los cambios de régimen tienen ciertas ventajas, ya que los nuevos señores omnipotentes se cuidan mucho de la opinión de los letrados, que son quienes forman a la juventud.

La inmunidad relativa de las universidades frente al poder gubernamental en Inglaterra obedece a razones geográficas. Londres es una ciudad doble: villa de la corte y de la realeza —por una parte— a la sombra de la catedral de Westminster, y ciudad de los mercaderes —por otra— en torno de la vieja iglesia de San Pablo, restaurada. Al otro lado del Támesis, en Lambeth, se encuentra el palacio del Obispo y, no muy lejos, se extienden los arrabales de mala fama, donde Shakespeare levantó su tablado y donde Chaucer solía congregar a sus peregrinos. Las dos universidades están a un día de camino: la una hacia el oeste, la otra hacia el norte de la capital. Y la metrópoli religiosa, casi a igual distancia, parece hacerles contrapeso, a la orilla del camino de Douvres. El correo regular sale de Oxford el martes y regresa el sábado. De este modo, el conjunto del sistema social parece equilibrarse a distancia, en vez de confundirse en un hormiguero pintoresco, aunque peligroso, como en el París de la Fronda. Hay en este, aspecto, acaso algo más que "una apariencia" y constituye tal vez la clave del diferente genio político de las dos naciones.

La fundación de la Biblioteca "Bodleyana", que precede casi con medio siglo a la de la Biblioteca Nacional de París, da una idea insuperable del crecimiento regular de estas dos Instituciones académicas venerables —a pesar de las tormentas políticas, de los asedios y de las fiestas religiosas— entre los reinados de Isabel y de Ana. Fundación, o más bien re-fundación, ya que se trataba de reanudar una tradición interrumpida desde hace un siglo por la Reforma y devolver a Oxford la gloria antigua de sus preciosas colecciones, piadosamente reunidas por el cuidado ejemplo de los benedictinos y los franciscanos. Durante el reinado de los Tudor, esos tesoros habían sido vendidos o dispersados, sea por incuria, sea por codicia o fanatismo. Los celadores de la Reforma menospreciaban por igual a los monjes iluminadores de los viejos manuscritos como a los ornamentos del culto y los vitrales de las iglesias. La primera imprenta de Oxford, casi tan antigua como la de Basilea o la de Colonia, había cesado de funcionar. Oxford no poseía ninguna sala de lectura digna de este nombre, fuera de las bibliotecas de

los colegios, a veces igualmente mutiladas.

Thomas Bodley era el arquetipo del hombre de estudio y del hombre de acción, tan característico de esa época que produjo un Felipe Sydney. Hijo de un impresor que compuso una Biblia célebre, fué humanista y cristiano, se nutrió en Ginebra de letras clásicas y de teología y enseñó en el Colegio de Merton, en 1563, el griego, la filosofía natural y, años después, el hebreo. Muy pronto experimentó la atracción de los países extranjeros, y de universitario se convirtió en diplomático, encargado de misión ante las cortes de los pequeños príncipes de Alemania y de Navarra. En esa época encontró por primera vez al futuro Enrique IV. Residió algunos años en Holanda, ocupado en desenredar la madeja de las difíciles intrigas cortesanas. Y luego, cansado tal vez de la política, o preocupado por sus estudios preferidos, dejó su bordón de peregrino "a la puerta de la biblioteca de Oxford", que iba a inmortalizar su nombre.

Tomada su decisión final, y aceptado oficialmente en 1598 su ofrecimiento de restaurar la biblioteca de Oxford, se necesitaron sin embargo dos años para reconstruir la armazón de la cubierta y colocar la techumbre esculpida que se contempla en la actualidad. La vieja sala de Humphrey de Gloucester estaba completamente derruida, y la suma prevista para los trabajos tuvo que aumentarse con gran liberalidad. Mas, ya desde entonces Thomas Bodley se ocupaba de recoger libros y manuscritos y buscar un bibliotecario cuya capacidad respondiera ampliamente a su misión. Tuvo la suerte de encontrar a Thomas James, que permaneció a su lado, en calidad de socio, hasta su muerte, ocurrida en enero de 1613, y le sobrevivió aún siete años. Thomas James, que percibía —al comienzo de su carrera— veintidós libras esterlinas, trece chelines y cuatro peniques anuales, se retiró veinte años después ganando cuarenta libras esterlinas por año. Según las cláusulas de su contrato no debía contraer matrimonio, no tenía derecho a un auxiliar y se contentaría sólo con un sirviente, barrendero y vigilante nocturno. James, modesto ejecutor de una obra inmensa, cumplió con todos los detalles minuciosamente establecidos por Bodley y obedeció sus normas: No habría luz artificial ni fuego, tanto en verano como en invierno; los volúmenes en folio deberían conservar se encadenados como antaño —"a consultarse en el mismo sitio", como diríamos hoy—; se llevaría un registro de las entradas y salidas de los lectores y no de los libros... No saldrán libros de la biblioteca en calidad de préstamo para nadie: ni para el rey ni para el Protector. La misma negativa se opone a Carlos I y a Cromwell... Deberá aumentarse el número de libros a cualquier precio.

Bodley, que conocía a toda la sociedad londinense, tuvo el genio necesario para poner su biblioteca a la moda. Todos se disputaban el honor de hacer donativos de dinero, de libros o de manuscritos, a veces recuperados por medios más o menos lícitos, de las bibliotecas públicas, eclesiásticas o privadas. A Thomas Bodley, espíritu de inclinación auténticamente puritana, no le interesaban los contemporáneos, y teresaban el nombre de Shakespeare no figura en el catálogo sino desde el año 1635, o sea die-

17

Conserve su cutis fresco,
joven y fragante con
POLVOS

Ramillote de Novia

Dana

cinque años después de su muerte. Y a este respecto hay que recordar que el primer volumen en folio —inestimable en nuestro tiempo— fué vendido al aparecer el tercer volumen para no tener la obra repetida. La misma aventura le sucedió a la primera edición del *Novum Organum* de Bacon, ofrecida por el autor en un volumen encuadernado, en el que se había posado la mano de la reina...

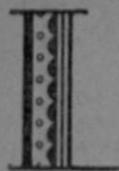
Mas, no sólo se enriquecía la Biblioteca de Thomas Bodley (a quien Jacobo I ennobleció con el título de Sir), sino que se agrandaba paulatinamente, ya que entre las cuatro Facultades —Teología, Medicina, Derecho, y su pariente pobre "las Artes"— el local resultaba estrecho cada día. Las intenciones teológicas del fundador habían sido cumplidas con holgura. La Biblioteca Bodleyana estaba en trance de convertirse en el centro espiritual de la Universidad. La idea de incorporarla en un conjunto análogo a la Sorbona —reconstruida por iniciativa de Richelieu en 1626— estaba ya claramente expresada en el Testamento de Sir Thomas, anterior en quince años a la obra francesa. A su "biblioteca amada", Bodley le dejó como herencia la mayor parte de su fortuna, que debía servir para ampliar los edificios con algunas obras: una escalera monumental "para el acceso fácil y digno a la gran sala de lectura", un ala formando rectángulo, según el tipo arquitectural consagrado, y un tercer piso en lugar de las buhardillas, encima de las "nuevas escuelas", para formar un conjunto solemne y elegante.

En la fecha de la inauguración —8 de noviembre de 1602— la biblioteca contaba ya con dos mil volúmenes, tanto impresos como manuscritos, reunidos por Bodley. El catálogo de 1605, único en su género en Europa, contenía los títulos de seis mil volúmenes; más de la tercera parte de éstos figuraban en apéndice como nue-

vas adquisiciones, lo que da una idea de la afluencia de los donativos. El segundo catálogo, publicado en 1620, o sea el año en que se retiró Thomas James, comprendía diez y seis mil títulos y ensayaba por primera vez la clasificación por nombres de autores. Antes de que terminara el siglo XVII, la Biblioteca poseía cerca de seis mil manuscritos y de veinticinco a treinta mil obras impresas. El sistema de "depósito legal" o su equivalente, instituido en 1610 por iniciativa de la Compañía de Impresores y Libreros de Londres (Stationers' Company), y confirmado por ordenanza real de Carlos II, iba a constituir una fuente de enriquecimiento ilimitado de la biblioteca.

Así nació y se desarrolló una institución única en su género en esa época —fuera de la Biblioteca Vaticana, y luego de la Mazarina— que iba a transformar de manera decisiva la vida universitaria en Oxford; la obra de Bodley se esculpía en la piedra inmortal. Alrededor de la Biblioteca, las escuelas dispuestas en cuadrilátero: en el ala meridional, la música y la filosofía natural, y en lo alto la medicina y la retórica; al este, la lógica y la metafísica en la planta baja, con la aritmética, la geometría y la astronomía en el primer piso; al norte, la moral, la gramática y la historia, y más arriba el derecho civil y el griego. La entrada mira hacia el oriente. Sobre ella se eleva una torre, cuyos cuatro pisos están dedicados respectivamente a las matemáticas, la pintura, los archivos y la astronomía. El ala oriental fué construida ya en tiempos de Bodley, quien puso en prenda su vajilla de plata para terminarla. Cuando, por fin, estuvo completo ese armonioso conjunto arquitectónico, hacia mediados del siglo. ¿quién no advirtió en él un símbolo vivo de la transición entre la época de Bacon y la época de Newton?

EL MAL DE HANSEN NO ES INCURABLE



A palabra "leproso" suele asociarse a imágenes horribles. Evoca el siniestro tintineo de las campanillas que antaño llevaron colgadas al cuello los enfermos a fin de advertir su proximidad a las gentes. Aun se emplea para designar a aquellos individuos apartados por la sociedad de su trato.

Pero hoy, afortunadamente sabemos cómo un enfermo contaminado por la lepra es, sin duda, menos peligroso que un tuberculoso. Y a medida que se adoptan métodos y tratamientos más humanos y eficaces, los médicos van eliminando de su vocabulario el término de "lepra", que juzgan engañoso y caducado. Prefieren utilizar la expresión "mal de Hansen", nombre del sabio noruego que hace cincuenta años descubrió cómo se transmite la enfermedad.

A pesar de que resulta difícil obtener estadísticas precisas del mundo entero, se calcula que padecen lepra entre siete y diez millones de personas. En Europa, donde sólo se cuentan algunos millares, se las encuentra, sobre todo, en Noruega, Islandia, Portugal, países balcánicos y Rusia meridional. En Asia, puede afirmarse que existen cerca de un millón en la India; otro tanto en China, varias centenas de millares en el Japón, algunos miles en Indochina y cerca de seis mil en las islas del Pacífico. Sólo el continente africano cuenta con dos millones.

"De todos esos millones de infortunados —declara el Sr. Raoul Follereau, un francés que desde hace 25 años se consagra al estudio del problema y visita periódicamente las poblaciones de leproso— en todas partes del mundo— dudo que haya cien mil cuidados y tratados convenientemente, es decir, como seres humanos".

La historia de esta enfermedad remonta a los mismos orígenes de la historia. Así, tenemos tendencia, aun hoy en día, a fundar nuestros juicios sobre lo que leemos al respecto en la Biblia, lo que constituye, indudablemente, una ligereza, ya que en esos tiempos todas las enfermedades de la piel estaban agrupadas bajo el término de lepra. En la actualidad se tiende a considerar que la enfermedad de Naamán descrita en el capítulo 5º del 2º Libro de los Reyes no era la lepra sino la sarna.

El mal de Hansen tendría su origen en el África central. Se sabe que existía con caracteres endémicos en el delta y el valle del Nilo cinco siglos antes de Jesucristo, y las narraciones en jeroglíficos de aquellos tiempos nos sirven de testimonio. Fué introducido en Europa por los ejércitos persas de Jerjes e hizo su aparición en Roma durante el primer siglo de nuestra era. A su vez, las legiones romanas contribuyeron a propagar la enfermedad según iban extendiendo sus conquistas, y en la Edad Media, al regresar los cruzados que la habían contraído en Tierra Santa y Siria, se convirtió en un terrible flagelo de la cristiandad.

En América, fueron probablemente los esclavos africanos quienes introdujeron la lepra, muy extendida hoy en las Antillas inglesas, así como por el resto de las otras islas del Caribe. En los Estados Unidos la encontramos principalmente en California y en los Estados ribereños del Golfo de México.

El mal de Hansen no plantea un grave problema en los países de clima templado, pues se trata más bien de una enfermedad tropical, que se desarrolla en las regiones cálidas y húmedas. No se sabe a ciencia cierta por qué ha desaparecido casi completamente de Europa, pero se tiende a establecer una relación entre su disminución y el mejoramiento general del nivel de vida en el viejo continente. Sir Leonard Rogers, eminente especialista y Presidente de la Asociación de Ayuda a los Leprosos del Imperio Británico, ha declarado: "La lepra es ante todo una enfermedad rural, y resulta difícil contenerla una vez que la enfermedad constituye un mal endémico en una localidad mientras no se mejore el nivel de vida de la misma".

Se cree —así suele reconocerse por las autoridades competentes— que la lepra es provocada por un bacilo de forma alargada (el *Mycobacterium leprae*), aunque hasta ahora no ha sido posible cultivarlo en laboratorio o provocar la enfermedad. Visto al microscopio, ese bacilo se parece mucho al de la tuberculosis.

La enfermedad de Hansen comienza por un período de incubación de dos a tres años y se presenta bajo dos formas principales: una benigna y otra maligna. En el primer caso, virtualmente no resulta contagiosa; en el segundo, sí; en ambos casos pueden ser afectados los nervios o la piel.

Fué echando accidentalmente en sus pies un cubo de agua hirviendo, sin sentir dolor, como el Padre Damián, amigo y protector de los leproso, comprendió que había contraído el mal. Cuando la lepra maligna ataca la piel, aparecen sobre la frente y las manos manchas de color rojizo, pardo o amarillento. Con el tiempo, dichas manchas van cobrando espesor, formando profundas ulceraciones y destruyendo los tejidos. Esta forma de la enfermedad es la que produce la aterradora idea que generalmente se tiene de los leproso.

El producto clásico utilizado hasta estos últimos tiempos para el tratamiento del mal de Hansen era el aceite de chaulmugra, extraído de ciertos árboles de Asám y Birmania; pero, semejante remedio no era demasiado eficaz y, poco a poco, ha sido reemplazado por sulfas, cuya acción, si bien no es definitiva, puede decirse que rinde un resultado muy superior. Al cabo de diez años de continuas experiencias, los especialistas de la leprosería nacional de Carville (Louisiana), consideran posible llevar a cabo un tratamiento lento, pero progresivo del mal de Hansen, y se ha comprobado que una interrupción definitiva de éste puede determinar una recaída. Por lo tanto, los médicos recomiendan a los pacientes incorporados de nuevo a la vida civil que continúen tomando sulfas. El Dr. Lauro de Souza Lima, de la leprosería Padre Bento de San Pablo (Brasil), manifestaba hace algunos años que, de 1.287 casos tratados en su establecimiento, ninguno había empeorado en el curso de los cuatro años y medio de tratamiento con sulfas.

Tomándolo al comienzo, el mal de Hansen puede ser curado con bastante rapidez. Si el enfermo padece de lepra desde hace varios años son necesarios 4 de cuidados para que pueda registrarse una mejoría sensible. El Dr. H. W. Wade, especialista norteamericano, ha subrayado al respecto: "Por notables que hayan sido los progresos de los enfermos a las sulfas, ningún investigador concienzudo puede declararse satisfecho con los resultados obtenidos hasta la fe-

EL TICO Y SU TIERRA

por WILLIAM VOGT

(Adaptación del Lic. Edgardo Salazar y el Prof. Carlos Luis Valle.— Dibujos de Walter R. Valenciano y Hugo Díaz)

COSTA RICA ESTA PERDIENDO RAPIDAMENTE SU SUELO



E dice que Costa Rica tiene tres millones de manzanas de tierra laborable; pero no ha habido alguien, hasta donde he podido averiguar por lo menos, que haya tratado de informar QUE ESPESOR tiene toda esa tierra.

¿Tiene un metro de espesor arriba del subsuelo? De ser así, produciría abundantes y buenas cosechas. ¿Tiene medio metro? Si así fuera, todavía produciría buenas cosechas, pero no tan buenas como las que produciría la tierra que tiene un metro. ¿Tiene cinco centímetros? En ese caso las cosechas serán muy pobres. Esto significa que el campesino que ha trabajado sesenta días en la tierra de poco espesor, tendrá muy poco que comer en comparación con el campesino que ha trabajado el mismo tiempo en la tierra que tiene un metro. Sin embargo, muchos campesinos tratan de obtener alimento de tierras de cinco o diez centímetros. Puede ser que tengan mucho terreno, pero la capa de tierra de la superficie es demasiado delgada y quizá no valga la pena trabajarla.

¿Qué está sucediendo con la capa superior del suelo?

¿Aumenta? ¿Se queda igual? ¿O disminuye? Si adelgaza, también adelgazará Candelario y sus hijos.

Es un hecho crudo, pero cierto, que en gran parte de Costa Rica la capa superior de tierra fértil va adelgazando; no sólo cada año, sino cada mes, cada semana y cada día.

No hay peligro que amenace a la nación comparable al de la pérdida de su suelo. Sin suelo, Costa Rica no puede existir, y Costa Rica está perdiendo rápidamente su suelo.

¿Puede hacerse algo para remediarlo? ¿Puede afrontarse este gran peligro? Afortunadamente SÍ. Si el pueblo costarricense ataca el problema con el vigor y la inteligencia que tan a menudo ha demostrado, puede salvarse a sí mismo; pero deben todos los costarricenses trabajar juntos, empezando ahora mismo. No deben esperar.

Antes de que discutamos un programa de acción, ya que se necesita acción, es necesario entender lo mejor posible qué es el suelo, qué hace y qué significa su pérdida.

Toda vida depende del suelo. Todo lo que cultivamos viene del suelo; el maíz, los frijoles, los ayotes, los tomates, cebollas, ajos, café y caña, vienen del suelo. Están compuestos en su mayor parte de materias químicas extrai-

das del suelo. Los comemos y nos alimentamos con esas sustancias. De manera que nosotros nos alimentamos del suelo. La carne que comemos, de res, cerdo, pollo y aún de animales silvestres, viene de los animales que se alimentan de plantas que crecen en el suelo. El agua que bebemos afluye a los manantiales y pozos y proviene de enormes cuencas protegidas por plantas, que deben crecer en el suelo. Sin las plantas la capa superior del suelo es arrastrada, dejando sólo el subsuelo. Este es en gran parte impermeable y es muy poca el agua que se hunde en él para llegar a los pozos y manantiales y que entonces tiene que precipitarse hacia el mar. Así pues, aún el agua que bebemos y que usamos en la agricultura y en la industria, depende del suelo.

La riqueza de una nación depende en gran proporción de su suelo, y Costa Rica está perdiendo rápidamente; si así sigue tendrá que ser menos fuerte y menos rica.

Civilizaciones enteras han desaparecido porque perdieron su suelo. Se cree que esto explica la destrucción del imperio Maya; al crecer la población maya se cortaron árboles de las laderas de las montañas para convertirlos en milpas. La tierra de esas milpas era arrastrada cerro abajo por las lluvias, "destruyó los medios de transportar agua, disminuyó la caza y la pesca, contaminó los abastecimientos de agua e hizo imposible el cultivo de las tierras altas". Había probablemente más de cien mayas por kilómetro cuadrado y las tierras de labor que en un tiempo los alimentaron son ahora selvas vírgenes. Los mayas fueron uno de los pueblos más adelantados que han existido; su cultura era bastante superior a la de Europa en la época en que existieron. A pesar de ello, no tuvieron bastante inteligencia para conservar su suelo y aprovecharlo, siendo posible hacerlo.

Lo mismo ha pasado en muchas otras partes del mundo. Babilonia, Asiria, Persia y el rico imperio de Anibal en África del Norte, fueron dominados por la arena y los desiertos debido en gran parte a la deforestación.

Casi la cuarta parte de toda la tierra de China ha sido por completo destruida y ni siquiera la maleza crece allí. ¿Las causas? La tala de bosques y los malos sistemas de cultivo.

Los países de América se hallan frente al mismo problema. Según Bennett, 163.000.000 de manzanas de tierra en los Estados Unidos (aproximadamente cincuenta y cuatro veces el TOTAL de las tierras laborables de Costa Rica) han sido arruinadas o gravemente empobrecidas. De otras 455.000.000 de manzanas se han perdido diversas proporciones de la fértil capa superior del suelo. No debemos olvidar que el espesor del suelo es tan importante como su extensión.

Esta pérdida ha ocurrido por el proceso conocido con el nombre de erosión del suelo, lo que significa simplemente, el arrastre del suelo por el viento o el agua.

cha. Precisamos medicamentos cuya acción sea más rápida y productos cuyos efectos sean persistentes".

La lepra o mal de Hansen no constituye una enfermedad de contagio peligroso; no es una enfermedad de gentes desaseadas, y no es hereditaria, aunque los hijos

son más vulnerables a sus efectos que los adultos y convenga separarlos de sus familiares enfermos.

Un leproso, si es atendido convenientemente, puede llegar a no resultar contagioso, y reintegrarse a su aldea sin que constituya un peligro para sus habitantes.